Lemir 22 (2018): 243-270

ISSN: 1579-735X

Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis y el *Lazarillo*

Joaquín Corencia Cruz
IES Benlliure, Valencia

RESUMEN:

La cita bíblica que encabeza nuestro artículo procede del final de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* y atestigua que Diego Hurtado de Mendoza no estaba ciego a las estrecheces y hambre de sus compatriotas. Ensayamos una hipótesis sobre la forja de este heterodoxo contador de historias al observar que sus escritos presentan un proceso de progresiva evolución y conquistas narrativas. Dicho proceso parte de sus cartas profesionales, epístolas poéticas y, sobre todo, cartas misivas —epístolas literarias con intercalación de facecias—, pasa por su participación en el *Liber facetiarum* de Luis de Pinedo y se despliega mediante la redacción de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*. Desde el desenlace y clímax de dichas *Glosas*, centrados ambos en el hambre de los niños, es factible conjeturar que estaba en la senda temática e intelectual de un logro literario: la redacción definitiva de una novela moderna.

PALABRAS CLAVE: *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, cartas misivas, facecias, Hurtado de Mendoza, hambre, *Lazarillo*.

ABSTRACT:

The biblical quote heading the article comes from the *Glosas al Sermón de Aljubarrota* and verifies that Diego Hurtado de Mendoza was not blind to the straitened circumstances and starvation of his compatriots. We have tested a hypothesis about the forge of such heterodox storyteller when analyzing that his writings present a progressive evolution process and narrative conquers. Such process starts from his professional letters, poetic epistles and, especially, «cartas misivas» —literary epistles with integrated facetiousness—, goes through his participation in the *Liber facetiarium* by Luis de Pinedo, and is displayed through the composition of the *Glosas al Sermón de Aljubarrota*. From the conclusion and climax of such *Glosas*, both focused on the hunger of children, it is feasible to conjecture that he was on the thematic and intellectual path of a literary achievement: the definitive composition of a modern novel.

KEY WORDS: *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, «cartas misivas», facetiousness, Hurtado de Mendoza, hunger, *Lazarillo*.

Fecha de recepción: 18/04/2018
Fecha de aceptación: 10/06/2018

1. Liber facetiarum et similitudinum Luduvici de Pinedo et amicorum

Es sabido que el *Liber facetiarum* de Pinedo y amigos (h. 1552) se compiló tomando como modelo directo los cuentecillos humorísticos y de sátira clerical del *Liber facetiarum* (Venecia, 1470) de Gian Francesco Poggio Bracciolini.

Gian Francesco Poggio (1380-1459), tal y como después hiciera Diego Hurtado de Mendoza, fue un destacado recolector de anécdotas ingeniosas, burlas populares e historias graciosas, un buscador de manuscritos antiguos en monasterios y bibliotecas, un escritor crítico con los vicios de los eclesiásticos, integrante de la élite intelectual y humanista de Roma, admirador del griego y latín. Sin embargo, Poggio había concebido y escrito el libro de sus facecias como un macrotexto narrativo que dejaba de lado la elocución grandilocuente tradicional. Intentaba utilizar el latín como una lengua válida para temas literarios vulgares y, siguiendo este criterio, reproducía las expresiones coloquiales y orales —«*nullus ornatus*»— y no rechazaba un explícito contenido sexual, impúdico, irrespetuoso u obsceno.

En el *Liber facetiarum et similitudinum* de Pinedo, por el contrario, hay pocas anécdotas que excedan el límite del buen gusto autoimpuesto, tal y como adelanta su subtítulo: «*Ne quid nimis*». No obstante, ya publicamos una excepción a dicha norma. Se trataba de la titulada «Conde de Tendilla» y su procaz contenido: «*Yo.rius virginem vicianit. Dictum est de eo q(uod) post mortem effudit sanguinem sicut cidus vicit prelium*[1]».

Y hay, al menos, media docena más de entradas obscenas; con todo, una proporción mínima en el *Liber*. En las cuatro inéditas que vienen a continuación, resultado de la feliz traducción de Elena Pingarrón (Catedrática de Latín del IES Benlliure) a partir de un texto de endemoniada letra, trasladamos el latín —la lengua que Poggio quería destinar a temas frívolos— a letra cursiva y puntuamos mínimamente.

> <u>*Gracia*</u>. Un portugés andaba enamorado de una dama y como fuese della tenido en poco rogó a un paje que le ubiese las horrnas de la señora y abidas aceptó genital menbro. *Dixit*: –¡Corpo de Deus, pos non comeys la carne, sorbe el caldo!
>
> <u>*Luxuria*</u>. Un embaxador allemán banqueteándole en francés, *y su esposa y varias bellas doncellas*; hablando a una dellas en su lenguaje allemán *de tema amatorio. Respondió la doncella*: *–Señor, no entiendo vuestro idioma*. El embaxador dixo: –Señora, no sé cómo no me entendéis, *siendo que en lo tocante a partes bajas se habla el mismo idioma; a saber, culos, coños y pollas.*
>
> <u>*Luxuria*</u>. *Hic iacet angelota et eius altera soror. Ac bonus Andreas qui futuebat eas.*

El epitafio burlesco es bastante explícito: «<u>*Lujuria*</u>. *Aquí yace Angelota y su otra hermana. Y el buen Andrés que se las follaba*». Si bien, el tosco humor puede tener un volumen menor no exento de picardía chistosa:

> <u>*Lujuria.*</u> Preguntada cierta mujer sobre quién recibe mayor placer en el acto sexual, respondió que necia era, pues picándote la oreja, el órgano tocado con el dedo recibe mayor placer que el dedo.

1.– «En el lecho fúnebre corrompió a una doncella. Dicho es de él que derramó sangre tras la muerte, igual que el Cid ganó una batalla», véase su contextualización en «Algunas conexiones y aportaciones del *Liber facetiarum y el Sermón de Aljubarrota* al *Lazarillo de Tormes*, II», *Lemir* 18 (2014), p. 219.

Al colaborar con Luis de Pinedo, Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575) mantenía similar pretensión que Poggio: concluir una obra divertida que huyera progresivamente de los excesos retóricos; de ahí que una gran parte de las facecias estén en castellano. Hurtado aspirará, después, a un libro literariamente más novedoso y mejor confeccionado: las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, prueba fehaciente de ese intento y progreso. Dichas *Glosas* suponen, además, un avance notable como escritor, pues logra la superación de su intervención en el *Liber facetiarum et similitudinum* de Pinedo y amigos, caracterizado por las facecias mayoritariamente inconexas, sin apenas elaboración literaria y sin pertenencia a un hilo conductor y central.

Las *Glosas* representan el paso de la recolección, composición y escritura de pequeños textos a la concepción y creación de una macroestructura narrativa que intentaba integrarlos. El necesario hilo vertebrador y macroestructural de ellas se descubre en el propio sermón del sacerdote de Valdeolivença, que se utiliza como texto base y excusa de la narración, como el tronco sobre el que se injertarán numerosas facecias. A ello se suma la primera persona narrativa, presuntamente autobiográfica, que irá hilvanando y alternando las pródigas glosas o facecias en castellano con el sermón en portugués.

No obstante, en las *Glosas* todavía hay acumulación de anécdotas y repeticiones temáticas, así como un difuminado del personaje protagonista. Y este no adquiere entidad psicológica al circunscribirse a la figura de un simple narrador que se mueve en un espacio muy limitado y no vive, ni por asomo, una verdadera acción novelesca ante tanta abrumadora abundancia de ocurrido, símil y ejemplo. Además, para enlazar las facecias, el narrador se ve obligado a reiterar las mismas formas elocutivas: comparación con nexo modal, es decir, un recurso de la *amplificatio* clásica («como aconteció», «como acaeció», «como me dijo», «como se vio», «como me avisaron», «según cuentan», «como me contaron», «como lo dijo», «como lo manifestó», «como dijo»); fórmulas relativas («lo cual bien agraciadamente mostró», «Lo cual mostró bien», «lo cual harto ilustremente mostró», «lo cual bien experimentó», «lo cual, en otros términos», «lo cual, por otro ejemplo,»); nexos consecutivos («y así»), temporales («cuando esto oí»), etc. Obviamente, utiliza conectores copulativos («y también») y en dos ocasiones recurrirá a elocuciones similares al *Lazarillo* para narrar «un caso»: «y aun acaeció un caso» *vs* «Y [...] contaré un caso de muchos que con él me acaecieron». Y antes de este caso con el astuto ciego, Lázaro se había propuesto relatar a V. M. la completa noticia de su propio «caso» para que los lectores advirtiéramos su mérito, como en la afín expresión del narrador de las *Glosas*[2]: «Y [...] quiero contar un caso, para que vean...».

El *Lazarillo* establecerá un paso más refinado en este proceso de búsqueda de una narración entretenida por los sucedidos, a causa de que es menos oral y estática, más cerrada en el número de personajes, más definida en su estructuración y trama. La novela constata la superación y culminación de ese proceso integrador de ocurridos y anécdotas porque todos ellos ya están perfectamente ensamblados al hilo de la «entera noticia» biográfica del joven Lázaro. De manera que el *Lazarillo de Tormes* es un texto en el que las anécdotas y facecias se escogen y construyen alrededor de las «fortunas y adversidades» de un único

2.– *Glosas al Sermón de Aljubarrota en Sales españolas*, Madrid, Tello, 1890. Las citas en pp. 109, 124, 114, 116, 118, 119, 144, 164, 194, 212, 142, 157, 165, 171, 176, 200, 123, 123, 219, 173, 121. La del *Lazarillo* en la edición de Francisco Rico (Madrid, RAE, 2011), p. 19.

y humilde personaje protagonista, sin dispersiones temáticas, sin variaciones ni repeticiones de asuntos, sin acumulación de ocurridos, sin excesivos o inconexos personajes.

La novela supone la cristalización de un molde narrativo que ha ido simplificándose. Es producto de un autor más maduro que no disfruta la prosa narrativa de los fantásticos héroes caballerescos y que se ha decidido por un plan textual más modesto en cuanto al número de personajes, lances, tramas y contenidos. Un creador que se había dado cuenta de que debía ser menos ambicioso en sus pretensiones y expansiones narrativas, que debía reducir la variedad temática de otros textos para no volver a confeccionar otro repertorio de facecias como el *Liber facetiarum* o, en cierta medida, las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*. El resultado será un texto más sencillo; pero esta aparente simpleza, todo un hallazgo, lo ha favorecido y convertido en un texto más natural y eficaz, perfecto y moderno.

El *Lazarillo* es también producto de un autor que viaja con y de la literatura oral y la carta hacia los apuntes escritos y la misiva literaria, de la tertulia y círculo humanista de amigos a percatarse del creciente valor literario de las anécdotas y chascarrillos, y de sus posibilidades artísticas.

Del interés público y lector en el siglo XVI por la colección de relatos, el cuento, la anécdota, el *exemplum* y la facecia son buena muestra no solo el *Liber facetiarum* de Pinedo o las citadas *Glosas*, sino también los textos de Juan Aragonés, Joan de Timoneda, los perdidos cuentos orales del proveedor Alonso de Rávago o las reediciones renacentistas de *El conde Lucanor* y el *Sendebar* o de los cuentos de Pedro Alfonso de Huesca, así como del *Decamerón* o del *Libro de cincuenta novelas —El Pecorone—* de Giovanni Fiorentini, estos dos últimos en la biblioteca[3] de Hurtado.

El autor del *Lazarillo* decidiría, pues, escribir un nuevo tipo de narración literaria que, además, diera respuesta a una contemporánea inquietud cultural. Y aquel humanista lo hizo dándole forma de literatura escrita a aquella narrativa oral o breve; convirtiéndola en cultura en lengua vulgar perdurable gracias a la imprenta, que estaba protagonizando un cambio radical de actitud ante el hecho literario. El género narrativo perfeccionaba la disposición espacial de sus materiales, su elocución, extensión y trabazón interna. Y se dotaba de una estructura textual para cohesionar un contenido argumental que debía afinarse y materializarse en un libro perfectamente modelado, un soporte físico bien acabado y articulado, la novela. Esta se convertiría en un objeto literario y artístico, un producto de consumo bien escrito, tal y como estaba sucediendo en tierras italianas. La novela tendía también a contener una pertinente recolección de materiales y lances narrativos en los que se incluiría los sutiles registros interpretativos (polisemia, ironía, ambigüedades, etc.) que antes se exteriorizaban en la lectura pública.

La novela desarrollará, por tanto, el modo de expresión literaria de las cartas misivas o con pretensión de literatura, porque esta encontrará en el libro un soporte físico ideal para perfeccionarse y sobrevivirse. De ahí que deba ser un producto más elaborado, acabado, refinado. Ya no es literatura para ser leída ante un público cortesano o culto y en voz alta, como la *Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar* (1548) o la *Respuesta del capitán Salazar*, que ya llevaban intercalados chascarrillos, anécdotas, sátiras y gracias para el

3.– V. Mercedes Agulló y Cobo, *A vueltas con el autor del 'Lazarillo'*, Madrid, Calambur, 2010, p. 120.

gusto y disfrute del oyente, que gozaba de un contenido interpretativo extra de las palabras mediante inflexiones y tonos vocales, gestos y movimientos, pausas dramáticas, etc.

En dichos textos, en ambas cartas misivas, Hurtado de Mendoza se estaba probando y gustando como narrador, experimentaba ante un selecto grupo receptor el interés que suscitaban sus bromas y facecias. Y estaba ejercitándose y aprendiendo a insertarlas adecuadamente en el hilo epistolar.

Efectivamente, Hurtado enlazaba cuentos, ejemplos, personajes y comparaciones al argumento principal de sus cartas misivas redactadas antes de la fecha de la edición *princeps* del *Lazarillo*. Es lo que hizo en 1548 en la *Carta al capitán Salazar* con la anécdota de Arteaga y Sancho de Leiva, el «disparate» de Navarrico al virrey de Nápoles, la cita de Salomón, el descuidado pedo de Boscán ante su dama, la respuesta de Apeles a un pintor, el «cuento de Michael Angelo», la historia del mancebo de Logroño que hablará solo en francés después de visitar «Tolosa de Francia», el recuerdo del cardenal Bembo (1470-1547) «que agora poco ha que fue *a porta Inferi*», el «donaire que escribe Cicerón en una epístola a Marco Celio Rufo», etc.

El procedimiento también estará presente en la *Respuesta del capitán Salazar*: el rocín perdido del hijo de Francisco de la Caballería, Juan de Mena y el Comendador Griego, Pedro Mejía y su *Silva de varia lección*, Florián de Ocampo y su *Crónica de España*, etc. En dicha *Respuesta*, Hurtado de Mendoza anunciaba, aunque sea desde la ironía de una carta paródica y satírica, con golpe incluido a Pedro Álvarez de Toledo, su deseo de terminar una «comedia» y dedicarse a la literatura:

> ...mas viendo que si tomara ser capitán de galera o pagador, me distraía mucho de una comedia que escribo, y que Regente de Nápoles no lo pretendería hombre semejante, no me curé de ninguna destas cosas, sino emplearme en ganar la vida escribiendo libros[4].

Es obvio que la «comedia que escribo» no es la *Carta de los catarriberas*, que definirá burlescamente como «comedia o olla podrida», ya que es pieza breve redactada más de una década después. En la turbia etiqueta de «comedia» renacentista, cabrían tanto las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, como, presumiblemente, el *Lazarillo de Tormes;* pues, entre bromas, proyectaba emplearse «en ganar la vida escribiendo libros», un plural que suena a varios proyectos.

Si, como conjeturamos, Diego Hurtado de Mendoza fuese el autor de novela tan principal, podría suponerse que en su previo aprendizaje narrativo y epistolar hubo una progresión natural que se iniciaría con la escritura de cientos de cartas privadas y profesionales. Un paso más adelante se materializaría en la composición de dos docenas de epístolas en verso. De un lado, ahí están sus poco conocidas cartas en octosílabos; de otro, su papel de creador en 1540 junto a Garcilaso (1534) de la epístola poética horaciana en castellano (a Boscán, a Cetina), que será epístola amorosa a Marfira, satírica a Luis de Ávila, burlesco-humorística a María Peña (criada de doña Marina de Aragón), moral, ovidiana, etc.

Fue aquella una innovadora epístola con su particular mezcla de actitudes y tonos. Desde ella, tornará a la prosa con la redacción de cartas misivas o literarias que mantendrán su predisposición a la experimentación, la ironía y el humor: *Carta del bachiller de*

4.– «Respuesta del capitán Salazar» en *Sales españolas*, Madrid, Tello, 1890, p. 98.

Arcadia al capitán Salazar, Respuesta del capitán Salazar, y *Carta de don Diego Mendoza, en nombre de Marco Aurelio, a Feliciano de Silva*. Y, a partir de la composición de este tipo de cartas misivas y de su colaboración en el *Diálogo entre Caronte y el Ánima de Pedro Luis Farnesio* y el *Liber facetiarum* de Pinedo, Hurtado progresaría hacia la finalización de textos que tenía en avanzado estado de redacción como las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, un texto narrativo más ambicioso y maduro, un sendero previo para aprender, afirmarse y proyectarse como un narrador más «novelesco» y moderno.

Hurtado personifica, en gran medida, el tránsito de una literatura pública en círculos cerrados a otra que camina hacia el trabajo y la lectura individual, hacia la imprenta y la biblioteca. Es un paso de lo comentado y reído en grupo a lo leído o escrito en grupo (*Liber facetiarum et similitudinum Luduvici de Pinedo et amicorum*); pero también, y sobre todo, redactado individualmente (*Glosas al Sermón de Aljubarrota*). Un cambio en el sistema de comunicación de su literatura que iba imponiéndole un nuevo molde literario y de trabajo intelectual. Mientras tanto, su conocimiento directo del libro contemporáneo de España e Italia, y el trato personal e intelectual con sus autores, impresores y editores, realimentaba su pasión por la creación e innovación literaria, los libros y las librerías.

Tanto su fervor por la edición, el libro y la literatura, en pleno vigor del Renacimiento, la imprenta y, por supuesto, de los clásicos grecolatinos y árabes[5], como sus lecturas de autores españoles y la más moderna manera de entender la literatura de los autores italianos (Petrarca, Poggio, Berni, Aretino, etc.) le llevarían a ensayar y tantear la forma del relato más extenso, la estructuración de una obra de más vuelos. Así pues, conjeturamos que, vistas las limitaciones del *Liber facetiarum* y de que Hurtado había logrado textos extensos más cerrados, llegaría al convencimiento de crear en paralelo una obra literaria más amplia y variada como las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*. Estas aún tenían el problema de introducir adecuadamente los diversos episodios y cuentos, pues todavía reproducían repetidas fórmulas de engarce. Fórmulas que incluso pueden observarse en el primer tratado del *Lazarillo*, posiblemente porque este fue el primero que se escribió ya que todavía arrastra maneras primitivas de encajar los sucedidos o chascarrillos.

Sugerimos que sería el primer amo y tratado que se redactó porque, desde el punto de vista de la creación renacentista y la lógica argumental de la «entera» biografía retrospectiva de un joven personaje, no parece racional que las primeras experiencias y conocimientos de la vida procedieran o partieran de un clérigo mezquino, escudero pobre o buldero timador. Y proponemos que sería el escrito inaugural de la novela porque todavía se observan las técnicas de composición más básicas; todavía no habría, quizás, y solo en este detalle concreto, una maestría plena ni un prurito intelectual por una obra literaria más ambiciosa que le llevará a darse cuenta de que debía ocultar las formas habituales de enlazar historias y que podía integrar más sutilmente las anécdotas al hilo de la narración.

¡Ojo! Está fuera de toda duda que la novela esgrime una deslumbrante y continuada modernidad y habilidad narrativa; pero será en el primer tratado en donde también se reelaboren más elementos folclóricos, como confirmó María Rosa Lida de Malkiel: «…la deuda del *Lazarillo* para con el folklore se reduce a la utilización de cuatro o cinco motivos

5.– Antonio Gracián redactó parte del inventario de los bienes de Hurtado de Mendoza cuando este murió. Anotó que el político y escritor poseía «Doszientos e doze libros arábigos escriptos de mano, entre pequeños e grandes, algunos enquadernados e otros por enquadernar y todos viejos e algunos dellos mal tratados» (V. Mercedes Agulló, ed. cit, p. 111).

en el Tratado I y de dos o tres en el III». Y añadía[6]: «…de suerte que el libro nació de verás al superar la huella folklórica del Tratado I». Tal vez, porque era un tratado más antiguo y de escritor más joven. Al contrario de lo que sucede con el tratado del buldero, que es el último extenso y con mayores ecos y paralelos literarios, o el más desarrollado del escudero, que sumaría experiencias y genuina creación propia al injerto del chiste folclórico árabe de la casa lóbrega y vacía, presente en el *Liber facetiarum* de Pinedo y documentado por Fernando de la Granja[7] en la patria chica de Mendoza: Granada.

Fragmento de una ilustración de Apeles Mestre en *Novelas españolas*, Barcelona, C. Verdaguer, 1882, p. 274.

2. Acerca de las *Glosas de Diego Hurtado de Mendoza al Sermón de Aljubarrota*

Suele citarse indistintamente como una misma obra el *Sermón de Aljubarrota* y las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*. Así lo hemos hecho también nosotros. Sin embargo, habría que precisar dos aspectos.

En primer lugar, uno es el texto portugués del *Sermón de Aljubarrota* pronunciado, si hacemos caso al texto, por fray Francisco de Valdeolivença; otro, el corpus de *Glosas* in-

6.– «Función del cuento popular en *El Lazarillo de Tormes*», *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, 1964, pp. 358-359.

7.– En «Nuevas notas a un episodio del *Lazarillo de Tormes*» (*Al-Andalus*, XXXVI, 1971, pp. 223-237), demostró que el lamento de la viuda en el entierro de su marido y la broma de la casa vacía partían de la obra de Al-Bayhaqī y Al-Isfahānī que el visir de Granada, Ibn ʻAsim (1359-1426), había popularizado en su *Kitāb hadā'iq al azhār*.

tercaladas por Hurtado en las que se rebaten las exageraciones del predicador luso en su patriótico sermón.

En segundo lugar, y como consecuencia del solapamiento de dichos dos textos de lenguas y autorías distintas confluyendo en uno, es conveniente deslindar la fechación del sermón portugués, presumiblemente 1545 —si de nuevo hacemos caso a los manuscritos—, de la distinta y posterior fechación de las *Glosas* para las que proponemos, en principio, el límite de 1550-1552, pues en ellas se dice que «por fallecimiento del Papa Paulo III, vacó el Pontificado». Y, como parte del mismo acontecimiento, se cita burlonamente al portugués Faria «que hacía en aquella corte los negocios del Reverendísimo Sr. Cardenal Infante de Portugal». Y se añade que Faria pretendió interrumpir el cónclave para manifestar que su señor no quería ser elegido sumo Pontífice.

Si Paulo III (1468-1549) había fallecido y se cita el cónclave en el que será elegido Julio III en febrero de 1550, tenemos una fecha relativamente exacta para las *Glosas*. Pero, además, Hurtado escribió: «venido yo en Castilla, algunos me han compelido que, revolviendo mis papeles viejos, sacase en limpio el Sermón». Y sabemos que su vuelta a Castilla, después de la pérdida de Siena en julio de 1552 y la visita a Carlos V en la corte alemana en septiembre, debió ser a finales de 1552. Por consiguiente, este parece el momento en que ordenaría y retocaría sus «papeles viejos»; una labor que pudo ocuparle, quizás, hasta principios de 1553.

Otro límite temporal de la redacción definitiva de las *Glosas* es que se citan vivos al rey Juan III (1502-1557) en un suceso pretérito —«aposentándose en aquella ciudad [Évora] el Serenísimo Rey Don Juan, que hoy vive»—, y, sobre todo, a «Antonio de Obregón, que ahora es canónigo de León[8]», el traductor de los *Triunfos* de Petrarca en 1512, que murió[9] entre 1550 y 1552.

Con todo, el texto muestra, probablemente, alguna que otra imprecisión y anacronismo, porque verosímilmente procedería de «papeles» efectivamente «viejos»:

> ...y que podría decir otras cosas tocantes a esta fiesta que desde este día se me han contado, como fue viniendo luego la vía de Castilla, posando en Évora, do a la saçón estava el Rey en la posada y casa de el Embajador de Castilla Lope Hurtado de Mendoça[10].

El encuentro del autor con Lope Hurtado de Mendoza (1499-1558), embajador de Carlos V en Portugal de 1528 a 1532, se produciría cuando Diego Hurtado de Mendoza fue a Oporto, Braga o Lisboa para entrevistarse con su hermana exiliada, María López de Mendoza y Pacheco[11], y, al retornar a Castilla, visitase la casa de su pariente, el embajador.

8.– Citas de las *Glosas* en ed. cit., pp. 157 y 206.

9.– Seguimos a Helene Rabaey en «Aclaraciones biográficas en torno al humanista leonés Antonio de Obregón», *Minerva* 23 (2010), p. 254.

10.– En 1527, Carlos V nombró embajador extraordinario en Portugal a Lope Hurtado de Mendoza para que solicitase su alianza contra Francia e Inglaterra cuando Enrique VIII quiso repudiar a su mujer Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos.

11.– La tenacidad con que María Pacheco, viuda de Juan de Padilla, mantuvo la rebelión comunera contra el emperador en Toledo provocó que este no la incluyera en la posterior amnistía. Al huir de Toledo, consiguió el auxilio de su hermana María de Mendoza (condesa consorte de Monteagudo), 300 ducados de oro entregados por sus tíos en Escalona (Juana Henríquez y Diego López Pacheco, segundos marqueses de Villena y segundos condes de Escalona) y la ayuda de su tío Alonso Téllez. Ya exiliada (1522-1531) en Braga y Oporto, María Pacheco recibirá la visita de su hermano menor, Diego

Otra huella de la relación de Hurtado de Mendoza con Portugal está en el *Cancioneiro de Évora*[12] (códice CXIV/1-17, Biblioteca Pública de Évora), una colección portuguesa de poesías manuscritas del siglo XVI que incluye veinticinco composiciones suyas: veintidós sonetos, dos estrambotes y una canción.

El rey que se cita «en la posada y casa de el Embajador de Castilla Lope Hurtado de Mendoça» en Évora[13] pudiera ser Juan III, hermano de la emperatriz, que allí estuvo y coincidió con Lope Hurtado de Mendoza en 1531, huyendo de la peste hasta 1532.

La batalla de Aljubarrota se había librado mucho tiempo atrás, en 1385. Por consiguiente, el *Sermón de Aljubarrota* y sus contenidos sustanciales debían ser muy conocidos, ya que aquel se celebraba todos los años en Portugal con solemnidad[14], mientras que en Castilla se representaba de manera jocosa. Da la impresión, por tanto, de que no habría que hacer excesivo caso a la fecha de 1545 propuesta por el autor como el año exacto del sermón que utiliza para glosarlo. Es muy probable, sí, que el texto principal del sermón en portugués sea el que ese año se pronunció[15], un texto conseguido directa o indirectamente; pero no cuadra la presunta versión de 1545 con la muerte de Paulo III en 1549 y la vuelta definitiva de Hurtado a España en 1552. Año en que retomaría el texto escrito del sermón y remataría sus glosas.

Y no cuadra porque más allá de la fecha de 1545 asoman más datos y acontecimientos. Por ejemplo, se indica que estaba «muerto el Cardenal de Toledo D. Juan Tavera», fallecido en agosto de 1545, y que su cargo de «Inquisidor general mayor» se proveyó para García de Loaysa, y el año de este nombramiento fue 1546. Y se refiere la propuesta del obispo de Braga, que debe ser el carmelita Baltasar Limpo, en uno de los concilios de Trento en cuyas sesiones participó desde diciembre de 1546 a 1550.

Hurtado de Mendoza, en fechas que desconocemos. Sin embargo, desde 1522, mucho antes de la muerte de María en marzo de 1531 y a los 34 años, don Diego y su hermano Luis Hurtado de Mendoza habían solicitado sin éxito el perdón real. La amnistía de octubre de 1522 tampoco alcanzó al comunero leonés «muy valeroso y nunca dichoso Ramiro Núñez de Guzmán» (*Glosas* ed. cit. p. 206), que con sus hijos había escapado de la pena de muerte en rebeldía hacia tierras portuguesas.

12.– V. *Diccionário de Luis de Camões*, Vítor Aguiar Silva (coord.), Alfragide, Caminho, 2011. Los poemas del *Cancioneiro de Évora* estarían en probable relación con el manuscrito que refiere el *Catálogo razonado de los Manuscritos Españoles existentes en la Biblioteca Real de París*, realizado por Eugenio de Ochoa (París, Imprenta Real, 1844); porque contiene, asimismo, veintidós sonetos y dos estrambotes entre otros poemas, como el «Epitafio a doña María Pacheco».

13.– En el siglo XVI, Évora era junto a Lisboa sede de la Corte portuguesa. Hay documentos que prueban que el embajador Lope Hurtado de Mendoza operaba y residía en ambas ciudades (*Colección de copias de documentos del Archivo General de las Indias*, tomo 21, documentos 712, 716, 717, Biblioteca Nacional de Buenos Aires). Pero hay otro dato que podría aclarar de dónde procedería el presunto sermón de 1545, pues Lope Hurtado de Mendoza también realizará, ocasionalmente, funciones diplomáticas en Portugal a partir de 1545, como lo atestigua el hecho de que escribe una carta desde Évora a 20 de junio de 1545 y otra contestando a Felipe II desde Lisboa en abril de 1552 para comunicarle que el pintor Antonio Moro retrasaría su llegada a Madrid (v. Almudena Pérez de Tudela, «Nuevas noticias sobre el primer viaje de Antonio Moro a la Península Ibérica y su entrada al servicio de Felipe II», *Archivo Español de Arte*, vol. LXXXIX, nº 356, 2016, p. 425).

14.– C. Ximénez de Sandoval se hace eco del sermón patriótico: «Allí era costumbre anual, el día del aniversario de la batalla de Aljubarrota, celebrar una procesión y misa con sermón alusivo, colocadas mientras tanto en alto lugar la *lanza y veste* con que el rey D. Juan entró a combatir» (*Batalla de Aljubarrota: monografía histórica y estudio crítico-militar*, Madrid, M. Rivadeneyra, 1872, pp. 267)

15.– De ahí la insistencia del narrador: «…el Sermón fue el año de 45 sobre 1500» (p. 108), «Y este año de 45» (p. 135); pero también con una datación involuntaria y posterior que indicaría que está redactando una secuencia narrativa en 1546: «…la Cuaresma pasada del año 45» (p. 162).

Suponemos, por tanto, que Hurtado trabajó presumiblemente a partir de un texto previo y escrito[16] del sermón de 1545; pero también de sus experiencias y recuerdos, que debían ser anteriores. De hecho, hay ausencias notables entre lo que dice recordar del sermón y lo que vierte en el texto. Por ejemplo, escribe que fray Francisco predicó y representó desde el púlpito «la batalla de Aljubarrota, con todos sus desafíos: quebró lanzas, nombró los capitanes de ambos ejércitos, dio luego los pregones de la batalla, y últimamente, toda la honra a Portugal»; pero no los toma por escrito.

Además, dice que escribe de oídas y con ironía: «según los grandes y soberanos hechos que todos cuentan cuando se trata del Aljubarrota». Y confiesa que no es fiel al sermón: «no me obligo a relatar el sermón de *verbo ad verbum*, sino que por sola esa muestra sea conocido el dechado de donde fue sacada la labor». O no recuerda datos: «y otros así, que no me acuerdo».

Al tiempo que desmemoriado, también recurre a materiales ajenos:

> … y vuelto a mi posada, formé escrúpulo si dejaba de escribir lo que en el púlpito oí predicar, porque aunque lo más se me olvidó, por acudir a recapacitar tarde lo predicado […] aunque también escribiré algunas cosas tocantes a esta fiesta que desde ese día se me han contado.

En alguna ocasión, parece reconocer que estuvo leyendo un manuscrito «original» y ajeno de su definitivo sermón, un texto que le sirvió de soporte y guía para escribir el propio y para contar con «el airecico portugués», que intenta mantener, sus anécdotas: «Y de este caso ni de otros semejantes no me culpen, porque aún no llevaré los términos que estaban en el original, por no ser limpios[17]».

Sí sabemos con certeza que las representaciones parateatrales del sermón portugués de Aljubarrota eran un modelo vivo sobre cómo acoplar facecias que parodiasen el texto original luso.

De un lado, el jesuita Juan de Mariana (1536-1624) describía como «fiesta particular […] más para teatro y plaza, que para la Iglesia[18]» las celebraciones y regocijos con que los portugueses conmemoraban el aniversario de la victoria:

> Esta fue aquella batalla en que los Portugueses triunfaron de las fuerzas de Castilla, que llamaron de Aljubarrota, porque se dio cerca de aquella aldea, pequeña en vecindad, pero muy celebrada y conocida por esta causa. Los Portugueses cada un año celebran con fiesta particular la memoria deste día con mucha razón. El Predicador desde el púlpito encarecía la afrenta y a la cobardía de los Castellanos: por el contrario el valor y las proezas de su nación con palabras a las veces no muy decentes a aquel lugar: acude el Pueblo con grande risa y aplauso, regocijo y fiesta más para teatro y plaza, que para la Iglesia: exceso en que todavía merecen perdón, por la libertad de la patria que ganaron, y conservaron con aquella victoria.

16.– Escribe A. Paz: «El texto, a pesar de ir cotejado con las varias copias que conozco, no ofrece exacta ortografía en las palabras portuguesas, sin duda por lo que dice al terminar la introducción, que *en esta lengua temía cometer malos acentos, porque en Lisboa no estuvo un año entero*». («Introducción» a *Sales españolas*, ed. cit. p. XIII-XIV.)

17.– La siete últimas citas de las *Glosas* en ed. cit., pp. 211, 105, 105, 107, 119, 106 y 132.

18.– *Historia general de España*, tomo VI, Valencia, Benito Monfort (impres.), 1790, pp. 306-307.

De otro, parece que el antídoto castellano contra aquellos sermones jactanciosos, plenos de burlas y excesos, era representar festivamente y en ámbitos cortesanos el hiperbólico sermón sobre la estimable victoria portuguesa. Al respecto, tenemos los testimonios del narrador de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* y del «Decimoséptimo canto del gallo» de *El Crótalon*.

Así continuaba la anterior cita de las *Glosas*:

> ...en la posada y casa del embajador de Castilla, Lope Hurtado de Mendoza, y sobre cena, salió un paje suyo llamado Espinosilla, y representó allí el sermón que el mismo año se había predicado allí en la corte, con admirables hazañas y ademanes que el muchacho sabía harto bien remedar.

El mismo tono jocoso observamos en Cristóbal de Villalón:

> ...entró en la sala uno de aquellos chocarreros que para semejantes cenas y convites se suelen alquilar, disfrazado de joglar; y, con un laúd en la mano, entró con un puesto tan gracioso que a todos hizo reír. Y con graciosa industria comenzó a dar a todos placer. Representó ingeniosamente la procesión que hacen los portugueses el día que celebran la batalla de Aljubarrota.

De ambos textos[19] extraemos la noticia de que el belicoso sermón luso solía ser escenificado en tierras castellanas por algún juglar o paje guasón y entre bromas. Y dicho sermón y su caricaturesca representación en su versión de 1545 sería el presunto modelo, el texto base, que Diego Hurtado de Mendoza utilizaría para reescribir un texto más complejo que diera réplica a los diversos parlamentos y apartados del predicador portugués. En efecto, Hurtado recogió por escrito e intercaló una serie de anécdotas, burlas, facecias y parodias que rebatían las exageraciones del celebrativo sermón portugués y de su predicador.

Y, en los dos últimos párrafos de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*[20], don Diego escribió espontáneamente cómo había trazado la estructura de *su Sermón*:

> Bien se proporciona el fin del sermón con el principio, y lo que después oí al guardián de san Francisco de Lisboa.
>
> Y con esto acabo y cierro esta escriptura, y es que habiendo tenido yo por muy gran encarecimiento lo que acabo de contar de que habiendo dicho el señor Predicador tantos desatinos y tantas locuras y tantos encarecimientos, saliesen diciendo que había predicado *muyto ben e cordamente*...

De manera explícita, el narrador de las *Glosas* expresaba cómo había sido el diseño y planificación intelectual de la obra cuando decía que intentaba armonizar «el fin del sermón con el principio». Como Horacio, que prescribía la unidad y concordia estructural de la obra literaria: «que sea lo que tú quieras, con tal de que sea homogéneo y tenga unidad»; e insistía: «fabula y mezcla verdad y mentira, de modo que del comienzo no discrepe la parte de en medio, ni de la parte de en medio el final» (*Arte Poética*[21]). Y como Cicerón (*Pro Marcello*), que quiere que el discurso concluya con su mismo comienzo: «*Sed, ut unde est orsa, in eodem terminetur oratio*».

19.– La cita de las *Glosas* en ed. cit. pp. 106-107; la de Villalón procede de *El Crotalón*, Madrid, Austral, 1973, p. 233.

20.– Vid. *Sales españolas*, Madrid, Tello, 1890, pp. 224-225.

21.– Introducción y traducción de José Luis Moralejo, Madrid, Gredos, 2008, citas en pp. 385 y 392.

Esta decisión de acabar por donde se empezó, de concertar el final con el principio por parte del narrador de las *Glosas*, se reproducirá también en el *Lazarillo* cuando Lázaro vuelva sobre su «caso» en la conclusión de la novela. Esta es una voluntad y marca de estilo personal que buscaba que los diversos elementos textuales y episodios se integraran con coherencia en el *corpus* textual, y que la retrospectiva temporal, que se origina y desarrolla desde el prólogo, se resolviera en un desenlace cerrado con ironía y con la voz del narrador en primera persona, explicando su asunto, su «escriptura» en el *Sermón de Aljubarrota* y su «caso» en el *Lazarillo de Tormes*.

Dicha «proporcionalidad» o correspondencia del final con el inicio del *Sermón* y de la novela tendría que ver con un progreso armónico de la acción, que, a partir de la citada retrospectiva temporal en ambos prólogos, después se desarrolla linealmente hasta su cierre y en tiempo presente en los dos respectivos epílogos, que en el *Lazarillo* muestra una mejora: la consumación de unos paralelismos argumentales apuntados desde el inicio.

Sin embargo, se observa que todavía hay un relativamente torpe modo de terminar una extensa obra literaria como el *Sermón de Aljubarrota* («Y con esto acabo y cierro esta escriptura»), expresión muy similar a la que reencontramos en la estructura interna del primer amo y tratado de Lázaro.

Efectivamente, en el tratado del ciego están a la vista las fórmulas de engarce de los episodios. Estas consisten en advertir al lector de que va a contar un caso o una burla, que va a desarrollar una ampliación argumental: «Para esto, le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo»; «…contaré un caso de muchos que con él me acaecieron […] Acaeció que, llegando a un lugar…». Y, siguiendo estas pautas, Lázaro se acercará al final de la narración de su primera servidumbre, como en una recitación, canto o baile popular, con «el despidiente» y con una expresión de cierre —«y con él acabar»—, que hemos visto que se había utilizado antes en las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*: «Y con esto acabo».

Así se expresaba el personaje Lázaro de Tormes:

> Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente y con él acabar.

Por cierto que ya advertimos que la elocución «Mas, por no ser prolijo,» y la unidad de sentido del párrafo tienen también su paralelo en las *Glosas*: «Muchos más ejemplos castellanos pudiera dar en este artículo […] los cuales callo, por evitar prolijidad, y porque quiero rematar mi obra[22]».

En los siguientes tratados, la forma de presentar una nueva amplificación del argumento en el *Lazarillo* se irá limando y eliminando conforme avanza el relato de la vida de Lázaro y la eficacia técnica del narrador. Hasta que Lázaro no esté con el buldero no encontraremos algo semejante, no veremos explícitas fórmulas introductorias:

> Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios; y

22.– Las dos últimas citas de de las *Glosas* en ed. cit. pp. 225 y 219.

> porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia[23].

De otro lado, la tan bien estudiada relación de concordancia entre la finalización y el principio del *Lazarillo* se había intentado también antes en las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* mediante otros específicos y más rudimentarios paralelismos que revelaría que quizás se haya utilizado en ambos textos una similar disposición y articulación de mecanismos y materiales literarios.

El primer paralelismo estructural de las *Glosas* es la referencia a personajes e historias procedentes de la *Biblia*, que son abundantes en el prólogo (san Jerónimo y Judith, el Apocalipsis, los judíos y Antiocho, Salomón, la reina de Saba[24], Nabucodonosor o el profeta Esdras) y que en su epílogo cuenta solo con la presencia de otro profeta, Jeremías; pero que aporta, como veremos más adelante, una intervención trascendental.

El segundo paralelismo reside en una presentación transgresora del predicador portugués y de sus cualidades en la introducción, que el narrador repetirá al final atribuyéndole los mismos fieros y desatinos. De estas críticas al predicador se nutre la última ironía y el sarcasmo con que el narrador transmite la visión deformada que los envalentonados portugueses tienen de su sacerdote y de su sermón; porque, a pesar de sus constantes exageraciones e insensateces, «había predicado *muyto ben e cordamente*».

> Y porque creo yo que jamás salió de Palacios de los Meneses echacuervo que tantos ni tan desaforados fieros y amenazas, desgarros y desatinos hiciese cuando predicando la Bula de la Cruzada vía que ningún villano se escribía, cuanto este predicador hodierno hizo en el púlpito.
>
> [...]
>
> En este paso no quiero decir los desgarros, voces, meneos, fieros, melindres y bravezas que nuestro predicador hizo en el púlpito.
>
> [...]
>
> Así acabó su sermón nuestro Padre predicador, a contento de todos los que le oyeron. Los cuales salían diciendo que había predicado *muyto ben e cordamente, sen decir as poquedades, as locuras e desatinos que otros años* otros predicadores solían predicar [...] que habiendo dicho el señor Predicador tantos desatinos y tantas locuras y tantos encarecimientos, saliesen diciendo que había predicado *muyto ben e cordamente*...

El tercer dispositivo paralelístico podría establecerse porque en el comienzo y cierre de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* junto a la circularidad temporal, que surge de la finalización de la retrospectiva con que se iniciaba el discurso, se produce la espacial, es decir, ambas secuencias narrativas se desarrollan obviamente en Lisboa. Si bien, al principio fray Francisco de Valdeolivença, el predicador artífice del sermón portugués, pertenece a la orden mendicante de los agustinos y sus bravatas las realizará en la iglesia de Nuestra Señora de Gracia. Mientras que la última aportación al *Sermón* es una frase tomada de

23.– Las dos primeras citas del *Lazarillo* en ed. cit. pp. 15 y 19-20, las dos siguientes en p. 21, esta última en p. 69.

24.– El rey Salomón, en compañía de la «Reina vieja de Sabbá», ya había aparecido en la *Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar* (ed. cit. p. 67) o se le citaba solo en la *Respuesta del capitán Salazar* (ed. cit. p. 96). En las *Glosas*, reaparece solo (ed. cit. pp. 109, 122) o, como en la *Carta del bachiller de Arcadia*, vinculado a la «Reina de Sabbá» (ed. cit. p. 106).

«un cierto fidalgo portogués», cuando los feligreses salían de la iglesia después de oír las heroicidades sin par de Portugal en la batalla contra Castilla. Y esta contribución irónica final procede de lo que el guardián conventual de la orden mendicante de san Francisco dijo que había escuchado al hidalgo portugués: «*Ollay, consagro Deus, que ainda este frade ten per jallur algua raza de castesao, porque não dixo o que passou*[25]».

En otra dirección interpretativa hay otro aspecto que podría relacionarse con elementos elocutivos del *Lazarillo* y vendría de cierto léxico valorativo que se da en las dos obras, en concreto, palabras como «echacuervo», «regocijo» o «poquedad». El predicador portugués, que es peor que cualquier «echacuervo [...] predicando la Bula de la Cruzada» cuando ninguno la tomaba, recibe el mismo vocablo y rol que «este echacuervo que os predica» de la novela. «Poquedad» es un sinónimo de «nonada» y una palabra que en 1539 ya había sido utilizada por Hurtado de Mendoza cuando escribía a Francisco de los Cobos comentándole su vida: «Ruin uida tengo, mas como no es continua, pássola y eme amostrado a no matarme sobre cada nonada[26]». Y «regocijo», en el contexto lingüístico en que aparece, constata de nuevo que, al finalizar las Cortes de Toledo de 1538, los «regocijos» de los Grandes irían más allá de una alegría expansiva, porque el desacato al emperador en la vega del Tajo (y el impago de la sisa por el brazo nobiliario) los llevaría al bullicio y regodeo:

> Mas digo que era tanto el regocijo que la gente hacía cuando el Predicador tocaba un punto contra Castilla, que menos nos entendíamos que aquellos que reedificaban el Templo de Salomón [...] los mozos, con el placer del nuevo edificio, se alegraban tanto, que con las muchas voces unos a otros no se entendían[27].

El «regocijo» de los mozos, el griterío y descontrol que provocaban, hacía que con tantas risas y voces no se entendiesen. Y cuando reaparece dicha palabra en las *Glosas*, esta portará una valoración ofensiva pues el narrador hacía una lectura malintencionada del discurso del predicador portugués, ya que «el Padre lo dijo con otro regocijo y airecico de desprecio» (p. 218). El sufijo diminutivo de «airecico», que utiliza el granadino Hurtado de Mendoza y que está presente en el *Lazarillo* («hermanico», «pecadorcico», «mañanicas»), posee en este caso una connotación irónica y peyorativa; así que este «regocijo», en relación sinonímica correferencial con «airecico de desprecio», vuelve a conllevar un tono ofensivo de desaire y humillación.

Una apreciación menos connotativa es la presencia en las *Glosas* de locuciones y giros expresivos que reaparecerán en el *Lazarillo*. Ya hemos señalado varios[28], así que precisamos ahora otras coincidencias[29] con la novela que anotaremos en segundo lugar:

25.– Las cuatro últimas citas de las *Glosas* en ed. cit. pp. 106, 215, 224-225, 225.

26.– Véase González y Mele, *Vida y obras* I, Madrid, Instituto de Valencia de don Juan, 1941, p. 129. El vocablo «poquedad» (p. 107) se refiere inicialmente a la intrascendencia, poca dimensión o insignificancia del nuevo Templo de Salomón con respecto al destruido por Nabucodonosor. Al final de las *Glosas al Sermón*, «poquedades», tal y como puede observarse en el tercer fragmento de la larga cita anterior, tiene un significado próximo a banalidad, tontada, trivialidad, un significado idéntico a la modesta e irónica «nonada» del *Lazarillo*.

27.– *Glosas* (ed. cit. p. 107).

28.– Vid. Corencia Cruz, *La cuchillada en la fama. Sobre la autoría del Lazarillo de Tormes*, Valencia, PUV, 2013, pp. 91-99, y «Algunas conexiones y aportaciones del *Liber facetiarum* y el *Sermón de Aljubarrota* al *Lazarillo*...», art. cit. pp. 240-248.

29.– Las citas de las *Glosas* en ed, cit. pp. 106; 188; 107; 112; 151; 159; 163; 175; 188; 187 y 204; 111; 107 y 163; 209; 123; 198; 106. Las correspondientes del *Lazarillo* en ed. cit. pp. 77; 54; 5; 9; 10 y 42; 7 y 79; 57 y 57; 34; 42; 19; 48; 26, 66 y 67; 18, 40, 40, 53 y 65; 47; 29, 17 y 17, 16 y 21, 20; 33.

–«algunas cosas tocantes a» *vs* «las cosas al oficio tocantes».

–«En lo que toca a» y «por lo que toca a [...] se honran» *vs* «por lo que toca a mi honra».

–«se diese entera fe» *vs* «se tenga entera noticia».

–«el sobredicho Maese» *vs* «del sobredicho comendador».

–«miren por sí» *vs* «mirase por mí», «miré por mí».

–«entrar en compañía de buenos» *vs* «arrimarse a los buenos» y «arrimarme a los buenos».

–«los hube lástima» *vs* «le había lástima» y «le he lástima».

–«a buen recaudo» *vs* «a tan buen recaudo».

–«tan diligente en le criar regalos» *vs* «tan diligente servidor».

–el verbo «quebrar» en sentido metafórico: «les quebraron las cabezas» y «le quebraría su hacienda» *vs* «quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía».

–juego de palabras con el verbo «hallar»: «hallo yo que más gusto hallaba este» (y en la *Epístola I*: «hallándome tan mal como me hallo») *vs* «aquestos mis amos que yo hallo hallan».

–dispositivos explicativos de la primera persona narrativa: «como he dicho» vs «como he contado» (tres veces); «como digo» *vs* «como digo» (cinco veces); «cuando esto oí al Padre» *vs* «cuando esto le oí». Otros remiten a otro personaje o, también, al mismo narrador: «como antes solía estar» *vs* «como suele estar», «como solía», «como suelen decir», «como suelen ir»; «como dicen» *vs* «como dicen».

Y retomando aquella «proporción» entre el final con el principio del *Sermón* (*lucidus ordo*), esta remitía a la tendencia de las preceptivas clásicas (Aristóteles, Horacio) por la composición y distribución estructural de las diferentes partes del discurso atendiendo a la armonía del conjunto. Indica que su autor conocía y llevaba a la práctica la composición textual, no solo pendiente del «tema, traza y fundamento que llevó, y el frasis de que usó», sino también, de la correspondencia o equilibrio de las secuencias o miembros textuales entre sí. Una *dispositio* retórica.

En efecto, el narrador de las *Glosas* añadió unas líneas que certifican que estamos ciertamente ante un literato preocupado por la disposición de los materiales narrativos y la utilización del léxico preciso. Sin embargo, a pesar de su creciente rigor elocutivo y hermenéutico, necesita todavía explicar desde el prólogo qué es lo que va a contar y cómo:

> ...yo me profiero a decir el tema, traza y fundamento que llevó, y el frasis de que usó, sin añadir solo un punto, pero no me obligo a relatar el sermón *de verbo ad verbum*, sino que por sola esta muestra sea conocido el dechado de donde fue sacada la labor
>
> [...]
>
> cuya historia de prima instancia no podrá ser entendida si no hay atención, y será así que fidelísimamente seguiré como texto el proceso y propias palabras que el predicador llevó, y los puntos que encareció, y esto en lengua portuguesa; y en lo

> castellano, entretejeré como glosa interlineal o comento la declaración que me pareciere[30].

Al mismo tiempo, Hurtado de Mendoza parece concebir el plan textual de las *Glosas* siguiendo las indicaciones de la *Retórica* de Aristóteles, porque plantea inicialmente su texto distinguiendo dos partes. La primera es la «exposición» de la materia a tratar, el sermón del predicador agustino en la fiesta por la victoria de Juan I en Aljubarrota, un asunto y texto que reproducirá con presunta fidelidad. La segunda, la «persuasión» y demostración retórica de los errores argumentales del sermón portugués, comprenderá el sermón portugués con la narración intercalada de comentarios y contraargumentos propios.

Con esta finalidad, recurrirá en la citada «glosa interlineal» a la refutación de cada una de las tesis y declaraciones del predicador, la ejemplificación de hechos sucedidos en contraposición a los del sermón, la máxima, la amplificación y el silogismo retórico o entimema, cinco recursos que la *Retórica* aristotélica recomendaba como procedimientos intensificadores y persuasivos de los textos y razonamientos demostrativos.

No obstante, desde una perspectiva más precisa y analizando el conjunto de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, Hurtado de Mendoza, como Aristóteles al asumir la doctrina de Isócrates, tendió hacia una estructura cuatripartita: exordio, exposición, parte persuasiva (demostrativa) con confrontación de argumentos y epílogo. Una planificación y estructura textual que se asemejan a las del *Lazarillo*.

3. ¿Y el hambre de los niños y del huérfano?

3.1. Preliminar

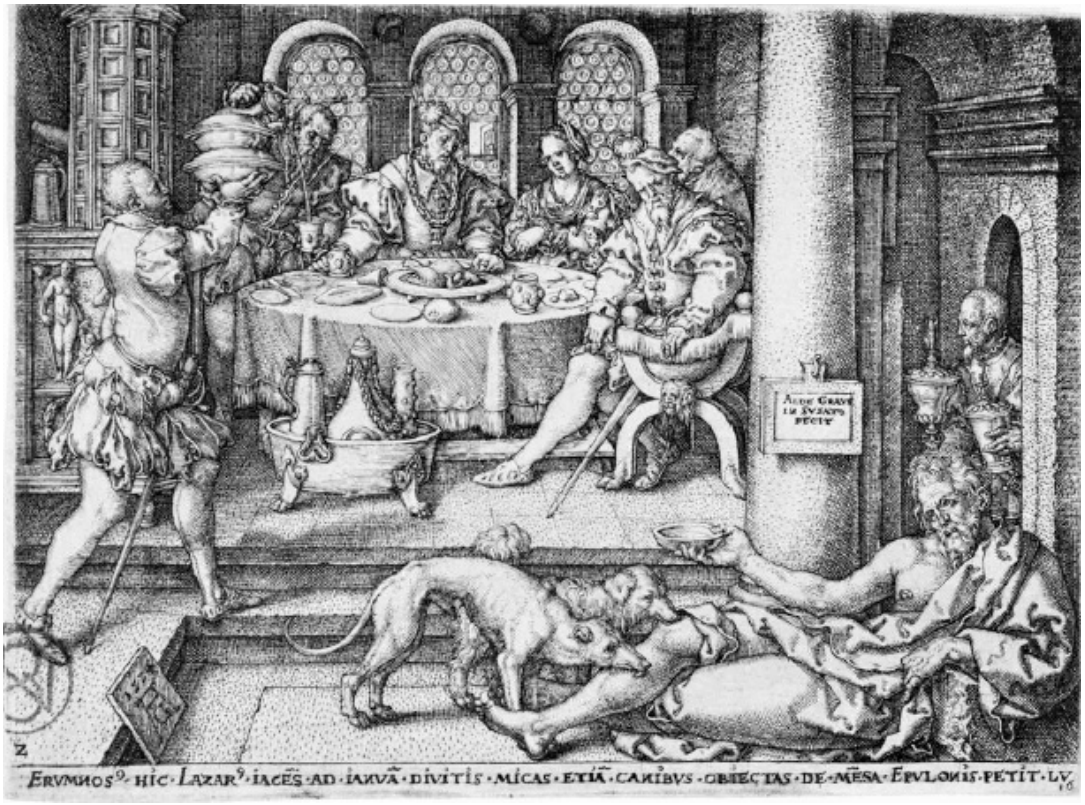
Ya hemos escrito en *Lemir*[31] que un indicio relevante de la paternidad del *Lazarillo* es que el título y el texto del episodio de «Lázaro de Tormes» del *Liber facetiarum* de Pinedo, estudiado por José Caso González[32], tienen la misma caligrafía que otra entradilla del *Liber*: la «Carta» de Diego Hurtado de Mendoza al duque del Infantado sobre el incidente al finalizar las Cortes de Toledo de 1539. Un círculo concéntrico más.

También hemos razonado que numerosos personajes, situaciones e ironías del *Lazarillo* están presentes en las *Glosas*: el argumento de la honra, el hidalgo presumido que muere de hambre porque no tiene amo a quien servir, el clérigo hambriento cuando no muere ningún feligrés, la ironía contra la honra de la mujer toledana, las atenciones al rey de Francia prisionero, el clérigo mujeriego, etc. Pero veremos ahora que las *Glosas* presentan incluso el tema del hambre en el cierre o clímax textual.

30.– *Glosas*, ed. cit. pp. 106 y 108.

31.– «Algunas conexiones y aportaciones del *Liber facetiarum y el Sermón de Aljubarrota al Lazarillo…*», art. cit. pp. 254-256.

32.– «La Génesis de *Lazarillo de Tormes*», *Archivum*, 16 (1966), pp. 129-155.



Grabado alemán de 1554 sobre la parábola del banquete del rico Epulón y el pobre Lázaro lamido por los perros. Heinrich Aldegrever (BDH).

En realidad, Hurtado de Mendoza seleccionó en dos ocasiones una cita bíblica sobre este tema en las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*. En nota a pie de página de un trabajo anterior[33], recurrimos a la primera cita para evidenciar que por sí sola invalidaba tantas opiniones contrarias a que un aristócrata como Hurtado esté ajeno al hambre de sus contemporáneos. La reproducimos ahora de modo más extenso:

> A lo último que hay que responder de este capítulo al Padre, que dice que iba el Conde Manuel Álvarez y con él los de Lisboa y los que comían su pan, si no me tuvieran por malicioso o por judío en llegarme tanto al sentido literal, yo dijera que si entonces se usaba lo que agora en Lisboa, que los criados comerían pan, pero no mucho, ni aun carne ni pescado, sino una sardina ranciosa cuanto más; y pues hoy en día se usa no dar en esta ciudad a los criados más de medio veitén, que son diez maravedís, y gástenlos en un día en lo que quisieren, que no hay para pan; pero tomando en el sentido común este dicho de comer el pan del Señor, digo, si es lícito aplicar el cielo a la tierra que así como la Escritura dice: -Bienaventurado es el que come el pan en el reino de los cielos, y mucho más quien lo da a comer, que es el mismo Dios que lo da a sus santos, así en la tierra bienaventurado es el que tiene el pan para comer, y mucho más quien lo tiene para dar a otros,

33.– «Algunos apuntes sobre las fuentes clásicas prologales del *Lazarillo* y de las primeras prosas de Diego Hurtado de Mendoza: Marco Tulio Cicerón y Lucio Anneo Séneca», *Lemir* 20 (2016), p. 175, nota 17.

> porque a trueque de pan ganan las voluntades de los hombres para el tiempo de las necesidades, como aquel Conde Don Manuel Álvarez[34].

Obviando la irónica insinuación de judío (con la que contarían los lectores del *Lazarillo* cuando Lázaro comparte su pan con el escudero) y la carestía de pan en Lisboa, la posterior cita bíblica del Evangelio según san Lucas[35] le sirve para argumentar en las *Glosas* no solo la fortuna del que come el pan en «el reino de los cielos», sino también que «en la tierra bienaventurado es el que tiene el pan para comer» y «para dar a otros», ya que es «el mismo Dios» quien lo da. Y, frente al «bienaventurado» de la *Biblia* y de las *Glosas*, Lázaro de Tormes diferenciaba a su amo escudero del avaro ciego y del «malaventurado» clérigo de Maqueda porque, a pesar de recibir este de Dios «el bodigo de la iglesia» y acumularlo en aquel «paraíso panal» que representaba el arcaz, ni daba a comer el pan ni lo compartía con Lázaro:

> Este —decía yo— es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste es de haber mancilla.

De manera que Lázaro citaba sutilmente el *Evangelio de san Lucas* y realizaba una irónica interpretación del «malaventurado» clérigo porque no utilizaba dicho «paraíso panal» para que comiera el prójimo. Y se producía una ironía pareja a cuando Lázaro rememoraba a su padre ladrón, que «padeció persecución por justicia», y afirmaba: «Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados[36]».

El fragmento de las *Glosas* que hemos copiado más arriba certifica que Hurtado conocía el hambre que sufrían los portugueses y las penalidades que el ciudadano humilde padecía para comer el pan de cada día. No obstante, la segunda cita principal sobre el hambre y que da título a nuestro trabajo se encuentra en la conclusión de las *Glosas*, una ubicación siempre estratégica y significante. Además, el tema del hambre es ahora, como veremos, prácticamente una denuncia.

Antes, precisaremos que las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* poseen un final narrativo que, consecuencia del proceso de copias manuscritas, se ha conservado básicamente en dos variantes; si bien, estas poseen un mismo sentido y una misma fase narrativa que es la resolución del texto con un tema último: el recuerdo del hambre bíblica, jeremíaca.

Efectivamente, al alcanzar el final del *Sermón de Aljubarrota*, hay una cita del profeta Jeremías que deja abierta una puerta para enfocar no solo uno de los temas narrativos de Hurtado de Mendoza y de la culminación de las propias *Glosas*; sino, quizá también, del *Lazarillo* y de su hambrienta visión de la vida. Llegados a este punto, preciso es indicar que esto sucede en una cita en latín[37] situada al final del antepenúltimo párrafo de las

34.– *Glosas*, ed. cit. pp. 159-160.

35.– En el *Evangelio de san Lucas* (14:15), leemos «Dichoso el que coma pan en el reino de Dios», *Sagrada Biblia*, edición de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, p. 1074. En adelante, citamos de esta edición.

36.– Las dos citas del *Lazarillo* en ed. cit. pp. 57 y 6, respectivamente.

37.– También el «*Diálogo entre Caronte y el Anima de Pedro Luis Farnesio*, hijo del papa Paulo III por Don Diego de Mendoza» (Mss 11048, BN) termina con una cita en latín: «*quia in inferno nulla est vedentio?*» Y en una nota de su primera página se insiste en la autoría: «El autor de este diálogo es d. Diego Hurtado de Mendoza. Se trasladó de una copia que

Glosas al Sermón de Aljubarrota que reprodujo Antonio Paz en *Sales españolas* a partir del citado manuscrito 7089 (signatura actual, BDH), inédito hasta que Paz lo estudió, cotejó y publicó en 1890. Sin embargo, no ocurre así en los otros cinco manuscritos que hemos consultado. En ellos, la cita latina de Jeremías es la línea final. Y tampoco sucedía exactamente así en el manuscrito que Paz manejó para su edición, puesto que él decidió la división en párrafos.

3.2. Textos manuscritos conservados de las Glosas

Como hemos avanzado, en todo este trabajo citamos siempre de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* según la versión publicada por Antonio Paz. La sencilla razón es que se trata de la única edición impresa y muy accesible, ya que está digitalizada en Internet. Antonio Paz y Meliá incluyó el *Sermón de Aljubarrota con las glosas de D. Diego Hurtado de Mendoza* en su volumen de textos inéditos titulado *Sales españolas*. Aquel *Sermón* –nos explica– es resultado del cotejo de «las varias copias que conozco [...] Una de las copias del Sermón declara que perteneció a D. Liermo, Obispo de Mondoñedo». Paz especificó así sus fuentes: «Siglo XVI.-B. N.- *T*. 10 *y otros códices*».

Parece evidente que el texto aludido y utilizado por Paz se corresponde con el códice 7089 (nueva signatura) de la BN, propiedad de Juan Liermo de Hermosa (1522-1582), obispo de Mondoñedo desde 1574 y arzobispo de Santiago de Compostela desde enero de 1582. Es lógico deducir que el bibliófilo, historiador y bibliotecario Antonio Paz escogió este texto porque, al desarrollar casi diez líneas más, lo supondría más completo que los «otros códices». En realidad, su versión en *Sales españolas* también incluye algunas palabras y líneas mutiladas en otros manuscritos.

A continuación, copiamos el texto que editó A. Paz y reproducimos lo escrito en el códice 7089 en nota a pie de página[38]:

> Así acabó su sermón nuestro Padre predicador, a contento de todos los que le oyeron. Los cuales salían diciendo que había predicado *muyto ben e cordamente, sen decir as poquedades, as locuras e desatinos que otros años* otros predicadores solían predicar. Y esto yo lo oí a tres o cuatro dellos, que iban juntos; y tocando las trompetas, alzando y tendiendo las banderas de cada oficio que traían con su pendón y castillos con mucha cera, salimos de la iglesia, ya después de medio día,

sacó en París el Jesuita P. José Petisco». La atribución se reitera en el manuscrito 287 (*Libro de Treçe tratados curiosos y dibersos. Recopilados en el anno 1614*) que incluye el «*Diálogo entre Charonte y el Alma de Pedro Luis Farnesio*, hecho por Don Diego de Mendoza».

38.– «Assí acabó su sermón nuestro padre Predicador a contento de todos lo que le oyeron. Los quales salían diziendo que avía predicado muyto ben y cordamente sin dezir las locuras y desatinos que otros años otros predicadores solían predicar. Lo qual oy a tres o quatro de los que yban juntos y tocando las trompetas, alçazando y tendiendo las vanderas y cada officio con su pendón y castillos con mucha cera salimos de la iglesia. Y después de medio día fatigados de calor, sed y hambre portuguesa de la qual se podría poner la Letanía *Liberanos domine*, porque en cada lugar de este Reyno sería bien menester un Conde de Ureña Viejo por vezino que consolasse y mitigasse el hambre de los hijos y aun de los padres que todos piden pan *et non erat qui frangeret eis* como en tiempo de Hieremías. bien Bien [sic] se proporciona el fin del sermón con el principio y lo que después oy al guardián de S. Frcº. de Lisboa, y con esto acabo y cierro esta escriptura, y es que, aviendo yo tenido por muy gran encarecimº lo que acabo de contar de que aviendo dicho el sr. Predicador tantos desatinos y tantas locuras y tantos esclarecimºs, saliesen diziendo que avía predicado muyto ben e cordame.; dixo el dicho guardián que aún no se contentara con lo dicho un cierto Fidalgo portugués porque salía muy moyno y muy enojado del predicador diziendo a otro su amigo: Ollay, *consagre Deus*, que ainda este frade ten per jallur algua raza de castelao porque naon dixo o que passou.»

> fatigados de calor, sed y hambre portuguesa, de la cual se podría poner en la Letanía *libera nos, Domine*, porque en cada lugar de aquel reino sería bien menester un Conde viejo de Ureña por vecino, que consolase y mitigase la hambre de los hijos y aun de los padres, que todos pedían pan *et non erat qui frangeret eis*, como en tiempo de Hieremías
> Bien se proporciona el fin del sermón con el principio, y lo que después oí al guardián de San Francisco de Lisboa.
> Y con esto acabo y cierro esta escriptura, y es que habiendo yo tenido por muy gran encarecimiento lo que acabo de contar, de que habiendo dicho el señor Predicador tantos desatinos y tantas locuras y tantos encarecimientos, saliesen diciendo que había predicado *muyto ben e cordamente*, dijo el dicho guardián que aún no se contentara con lo dicho un cierto Fidalgo portogués, porque salía muy mohíno y muy enojado del Predicador, diciendo a otro su amigo: Ollay, consagro Deus, que ainda este frade ten per jallur algua raza de castesao, porque não dixo o que passou[39].

Sin embargo, al llegar al final de otros cinco códices, que enumeramos y reproducimos a continuación, encontramos una versión reducida de la finalización textual. Los otros cinco ejemplares manuscritos, que hemos localizado en bibliotecas digitales, cierran el texto con la cita de Jeremías; porque, seguramente, los diversos copistas la consideraron el clímax textual y despreciaron el resto.

Respetando las grafías originales nos limitamos a acentuar y puntuar modernamente lo imprescindible. Estos son los finales de los otros cinco códices:

1º. Códice 326, *Varios papeles y entre ellos uno de Don Alonso de Cartagena*[40]. Está en la Biblioteca de Santa Cruz de la Universidad de Valladolid. Dentro del códice se halla el texto del *Sermón de Aljubarrota* con las glosas-réplica de Hurtado de Mendoza:

> ...ansí acabado su sermón nuestro predicador a contento de todos, que salían diciendo aver predicado muy bien y en seso sin las poquedades que otros años suelen. Y esto yo lo oy a tres o quatro dellos que yban juntos, y tocadas las trompetas, tendidas las banderas y cada oficio que traya su pendón y castillos, salimos con mucha çera de la yglesia ya pasado mediodía, fatigados de calor, sed y hanbre portuguesa, de la qual podíen poner en letanía *Liberanos domine*, que en cada lugar deste reyno hera menester tener por vº a otro conde Ureña Viejo para que consolase niños y mitigase sus clamores porque piden pan *et no es qui porrigat eis*, como en tienpo de Hieremías.
>
> Finis.

2º. Códice 9394. Dice en el lomo *Papeles diversos del Reino de Portugal*. La BN lo cita como *Papeles históricos referentes a Portugal y España*. Incluye el *Sermón de un religiosso portugués, en la fiesta que cada año açen a su memorable batalla de Aljubarrota. Y la respuesta*

39.– *Sermón de Aljubarrota con las Glosas de D. Diego Hurtado de Mendoza*, ed. cit. pp. 224-225.

40.– <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/484>. Juan López de Velasco aparece citado en la primera página escrita que hay después del índice; quizá redactor o copista de un «Vocabulario hispano-arábigo-grecolatino» con el que se inicia el manuscrito; quizá, el secretario de Diego Hurtado de Mendoza y editor del *Lazarillo* castigado; quizá, un homónimo contemporáneo.

de un religiosso oyente[41]. Lleva una anotación bibliográfica más reciente respecto al texto de Antonio Paz («Vid A. Paz y Mélia, Sales españolas, cap. V»). Y tiene esta resolución:

> Assi acabó nuestro Predicador el Sermon con tanto contentamiento de todos que salían diciendo aver predicado muy bien y en seso sin las poquedades de otros años que suelen decir, y esto yo lo oy a tres o quatro dellos que iban juntos y tocando las trompetas y alzando las vanderas y cada officio que traya su pendón y Castillos con cera salimos de la Iglesia ya pasado medio día fatigados de calor, sed y hambre Portuguesa de la qual podían poner en la letania *Liberanos Domine,* que en cada lugar de este Reyno era menester tener por vzº. a otro Conde de Ureña viejo para que consolase los niños y mitigase sus clamores porque piden pan *et non est qui porrigat eis* como en tiempo de Hieremias.
>
> Finis.

3º. Códice 9472, *Sermón De los Portugueses sobre la batalla de Aljubarrota glosado con muchos quentos Graçíosos*. La segunda página dice: «SERMÓN DE LA BATALLA DE Aljubarrota Glossada por Don Diego de Mendoza Embaxador De Roma». El texto presenta este final:

> Y ansí acavó su Sermón nuestro Predicador, a contento de todos, que salían diçiendo haver predicado muy bien y en poco sin las oquedades que otros años suelen, y esto yo lo oy a tres o quatro de ellos que iban juntos y tocando las trompetas, tendidas las banderas, que cada offiçio traya su pendón y Castillos. Con mucha çera, salimos de la Yglesia, ya passado medio día fatigados del calor, sed, y hambre Portuguesa, de la qual podran poner en la letanía *libéranos Domine,* que en cada lugar deste Reyno, era menester tener por vezº. a otro Conde de Urueña Viejo, por que consolase con limosnas y amitigase sus clamores porque le piden Pan, *et non est quy porrigat eis* como en tiempo de Jeremías.
>
> Fin.

4º. El manuscrito 9855 es una copia más moderna y porta el título de *Sermón sobre la Batalla de Aljubarrota*. Precisa con claridad la parte del «Prólogo», un «Parlamento antes del Sermón» y los diversos apartados del predicador («Pregador») y del oyente. Termina así:

> Así acabó su sermón nuestro Padre predicador a contento de todos los que le oyeron, los quales salían diciendo que havía predicado muyto ben e cordamente sen decir as locuras, que otros annos otros Predicadores solian predicar y esto lo oy a tres o quatro dellos que iban juntos, y tocando las trompetas y alçando y tendiendo las banderas y cada officio con su pendón y castillos con mucha cera salimos de la yglesia ya después de medio día fatigados de calor, sed y hambre portuguesa de la qual se podría poner en la letanía *libera nos domine*, por que en cada lugar de aquel reyno sería menester un Conde Viejo de Ureña por vezino que consolase y mitigase la hambre de los hijos y aun de los padres que todos pedían pan, *et non erat qui frangeret eis* como en tiempo de Geremias.
>
> Fin.

41.– Este manuscrito, los tres enumerados a continuación y el 7089, citado anteriormente, pueden ser consultados y conseguidos en formato PDF en la Biblioteca Digital Hispánica (http://bdh.bne.es).

5º. Códice 11048, *Sermón hecho en Lisboa por fr. Francisco de Villadolencia Portugués en N. Sª de Gracia, vigilia de la Asumpción, celebrando una victoria, que los Portugueses huvieron de los Españoles tal día como este en Aljubarrota lugar del Rey de Portugal*. En la segunda página escrita hay una nota al margen y cortada: «Glosa [cortado] D. Diego de [Men]doza hijo del pri[mer] Marq. de Monde[jar] 2º Conde de [Te]ndilla».

Termina con la cita de Jeremías y añade un breve comentario extra, aparentemente del mismo copista[42], que reproducimos a continuación de los guiones discontinuos:

> Así acabó nuestro predicador su sermón con tanto contentamiento de todos que salían diciendo muy bien y en seso sin las poquedades de otros años y esto yo lo oy a tres o quatro que venían juntos, y tocando las trompetas y alzando las banderas de cada officio que trayn sus castillos y pendones con mucha cera salimos de la Iglesia pasado medio día fatigados de calor, sed y hambre Portuguesa de la qual podíamos poner en la letanía *liberanos Domine* que en cada lugar de este Reyno era menester por vzº otro conde de Ureña viejo para que consolase los niños y mitigase sus clamores porque piden pan, et non erat qui frangeret eis en tiempo de Hieremías.
>
> ---- ---- ---- ---- ---- ---- ---- ---- ---- ----
>
> Este loan por el mejor sermón; qué tales avrían sido los antecedentes.

Llamamos la atención sobre los textos manuscritos que hemos numerado como 1º (Mss 326), 2º (Mss 9394), 3º (Mss 9472) y 5º (Mss 11.048) pues los cuatro incluyen la necesidad de que otro conde viejo de Ureña, ante el hambre de los niños, «mitigase sus clamores». Además, el 1º, 2º y 5º inciden en la necesidad de que «consolase los niños». En dichos textos, junto a la incorporación de «clamores», se cita expresamente la palabra «niños», una palabra sustancial que se omite en el 3º y se evita en el 4º (Mss 9855) y en el publicado por A. Paz (Mss 7089), dos textos que con el 4º comparten un final análogo.

Los cinco textos numerados no son más que un ejemplo de las múltiples variantes, supresiones y corrupciones del texto original en las copias manuscritas que pueden contrastarse con el manuscrito que prefirió Antonio Paz; pero, simultáneamente, y sobre todo, los cinco últimos textos manuscritos son un clarísimo indicio y prueba de que el clímax narrativo para los copistas y lectores contemporáneos se hallaba en el clamor de los niños por el pan y en su hambre de proporciones bíblicas. Dos temas sustanciales del *Lazarillo*.

Junto al «hambre portuguesa», se hace orgullosa referencia al citado conde de Ureña, como hombre poderoso y de enorme patrimonio. Pero, dejando de lado la admiración sobre el belicoso y acaudalado noble[43], tío segundo de don Diego Hurtado de Mendoza,

42.– A continuación, raya continua mediante, hay poco más de una docena de «Epitafios de la Iglesia Mayor de Lisboa», seguida de media docena de «Diferentes dichos» sobre portugueses. El primero de ellos abunda en el tema del sermón: «Predicando un fraile portugués en una de las fiestas que celebran de la vitoria de Aljubarrota dixo: Os christianos estábamos desta parte do Río, e os casteyaos da outra».

43.– El conde de Ureña es puesto como modelo en tres ocasiones más: «…quiso seguir la sentencia del muy sabio Señor Don Juan Téllez Girón, segundo Conde de Ureña, que decía que un hidalgo no debía jamás sacar la espada de su vaina, o ya que la sacase, no la había de meter hasta que la tuviera cansada de hacer obras competentes a su honra»; «Y por eso el Conde de Ureña dijo a un Alcaide que en las diferencias viejas le perdió una fortaleza […] Perdístesme la fortaleza y guardástesme la barba cana». La tercera cita se refiere a su hijo y primo de Diego Hurtado de Mendoza, el tercer conde de Ureña, acompañante del emperador cuando visita a Francisco I, preso tras la batalla de Pavía: «Cierto, así lo hizo el Emperador Don Carlos, nuestro Señor, cuando teniendo preso al Rey Francisco de Francia en Madrid […] acompañado de Don Rodrigo Girón, hijo del conde de Ureña, y pocos caballeros con él…» (*Sales*, pp. 145, 155 y 189 respectivamente).

el tema principal del tramo final del *Sermón de Aljubarrota* es el hambre que padecían padres e hijos portugueses. Y lo más valioso es la cita en latín, una lengua que, otra vez más y como vimos en las facecias del *Liber facetiarum* de Pinedo que hemos reproducido al principio de este artículo, se utiliza cuando se desea encubrir un contenido tabú o crítico, pero sustancial.

3.3. Hambre de niños huérfanos.

La cita latina que ahora nos ocupa procede de las *Lamentaciones* de Jeremías, en concreto de la cuarta, titulada «Jerusalén asediada», y de su versículo cuarto: «Los pequeñuelos piden pan y no hay quien se lo parta[44]». Al contextualizar el versículo cuarto con la *Vocación del profeta*[45] y oráculos sobre la reprobación de Judá del propio Jeremías y con el momento en que se producen las palabras del profeta en su cuarta lamentación, de repente, el texto nos ilumina el *Lazarillo* y apoya la idea de que una parte de la nobleza no veía con buenos ojos la desastrosa y empobrecida situación a la que un dispendioso y glotón Carlos V con su política militarista y expansionista había llevado a Castilla.

Veamos las presuntas iluminaciones.

– En primer lugar, y tomando provisionalmente como texto más cercano al original[46] el editado por Antonio Paz, la cita bíblica completa —«*Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis!*»— incluía la palabra latina «Parvuli»; pero Diego Hurtado de Mendoza no escribe «Parvuli», una palabra con la que se hubiera relacionado directamente al personaje de Lázaro.

Tal vez por esta razón o intención, Hurtado rehúya el latín al redactar toda la primera proposición coordinada copulativa. Aunque sí desliza sutilmente «Parvuli» con anterioridad y disimulo en «la hambre de *los hijos* y aun de los padres».

La omisión de «Parvuli» la realiza un experto conocedor de la lengua latina y griega, un humanista que compraba, leía, subrayaba o traducía, libros y códices de Retórica de autores griegos y latinos que se encontraban en su librería: Platón, Aristóteles, Cicerón, Horacio, Séneca, Quintiliano, etc.

Hurtado no solo tenía pergaminos y libros «de mano» suyos, sino volúmenes de estos y otros clásicos editados en griego, latín, francés o italiano desde los años veinte hasta los cuarenta en Amberes, Basilea, Florencia, Lyon, Verona o la Venecia de los Manucio. El conocimiento de los autores griegos en su propia lengua, precoz o primerizo en 1550, y el reflejo de algunas de sus preceptivas (Demetrio, Hermógenes, Aristóteles) en el *Lazarillo* llevaron en 2009 a Luisa López Grigera a reconsiderar la autoría de Diego Hurtado de Mendoza.

> Para buscar al autor del *Lazarillo* hay que pensar en alguien que se hubiera atrevido a satirizar a las dos instituciones poderosas europeas: la Iglesia y el Emperador. Difícil es pensar en un abogado de provincia, o en un espiritual más o menos

44.– *Sagrada Biblia*, ed. cit. p. 863. Las dos citas que vienen a continuación en pp. 815 y 816; las tres siguientes en p. 863.

45.– Recordamos que en la novela Lázaro citará, si bien que con cierta guasa, el «pronóstico del ciego», porque «muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía» (ed. cit. p. 24).

46.– Indudablemente es necesario un estudio crítico de los seis textos manuscritos para investigar no solo si hay algún manuscrito más, que lo habrá, sino para fijar con certeza el más cercano al original.

> iluminado que buscaba la santidad ante todo. Habrá que buscar un político, y un político que pudiera tratarse con esas instituciones casi de igual a igual. Un miembro de la alta nobleza: un intocable. Que seguramente sería tocado[47].

–En segundo lugar, es evidente que el vaticinio de Jeremías anunciando la destrucción de la ciudad, Judá o Jerusalén, por ser pagana, no se da en las *Glosas* ni en el *Lazarillo*; pero en la novela sí se constata que la ciudad toledana, capital y Corte de Carlos V, no estaba atenta a la misericordia y compasión con el prójimo («Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más»). Además hay unos versículos cercanos a la cita de Jeremías que hallarían su correspondencia, por ejemplo, en la relación que el tragón clérigo de Maqueda –«Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar»– establece con el famélico Lázaro:

> Como se llena de pájaros la jaula, así está llena su casa de rapiñas. / Así se han engrandecido, así se han engrandecido, / así engordaron y se pusieron lustrosos, / y traspasaron mis palabras malvadamente; / no juzgaron el derecho del huérfano, / y prosperan; / no hacen justicia a la causa de los pobres (Jeremías 5: 27-28).

«Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes» (ed. cit. p. 34). La fotografía es una misericordia de Rodrigo Alemán ubicada en el coro bajo de la catedral de Toledo.

– En tercer lugar, las *Lamentaciones* de Jeremías se centraban en la soledad y ruina espiritual de Jerusalén. Así, el consecuente castigo divino condenaba a los jóvenes a perecer bajo la espada, y a sus hijos a morir de hambre, porque la ciudad y sus sacerdotes (clérigo

47.– «*Lazarillo de Tormes* entre la autobiografía, la carta y la mitad de un diálogo. (Una lanza por su autoría)», *Alianzas entre historia y ficción: homenaje a Patrick Collard*, Droz, Génova, (E. Houvenaghel, I. Logie eds.) 2009, pp. 109-119 (la cita en p. 118). Más recientemente, y en otra dirección de trabajo, Luisa López Grigera ha publicado un esencial y fino artículo –un anticipo de la edición crítica del *Lazarillo de Tormes* en la que está trabajando– que revela la trascendencia y necesidad de investigar con minuciosidad la bibliografía textual del «ejemplar de Barcarrota» del *Lazarillo* (marcas de agua del papel, ajustes del cajista, cotejo de irregularidades tipográficas, haplografías, etc.) para acercarnos más a la génesis de la novela («Observaciones sobre el *Lazarillo de Tormes* hallado en Barcarrota», *Lemir* 21, 2017, pp. 209-222).

de Maqueda, fraile de la Merced, buldero, arcipreste de san Salvador) habían abandonado la voz de su dios:

> Porque desde el pequeño al grande, / todos están ávidos de rapiña; / desde el profeta al sacerdote, / todos cometen fraude (Jer. 6: 13).

Y ciertamente en el *Lazarillo* Tomé González muere bajo la espada en Gelves y su hijo «muere» de hambre («yo me finaba de hambre[48]»). Y todos cometían fraude: el padre de Lázaro con las sangrías de harina y Zaide con los hurtos; el ciego *profeta* con sus rezos y oraciones; el sacerdote de Maqueda con su mezquindad y ausencia de caridad; el buldero con sus acciones fraudulentas; Lázaro engañándose con su mujer y el arcipreste de San Salvador[49]; y el derrotado emperador abusando de Castilla con su insaciable sisa. Y, desde este planteamiento, otro narrador aplicará la condena y castigo de la hambruna, plasmación del alegórico escarmiento bíblico, a las dos capitales políticas y religiosas de la península ibérica: Lisboa, pobre y hambrienta en las *Glosas al Sermón de Aljubarrota*; y Toledo, indigente y miserable en el *Lazarillo*.

Los lamentos de Jeremías por los hijos de Jerusalén estarían en el imaginario intelectual y religioso contemporáneo como lo manifiesta, por ejemplo, su aparición en el primero de los cuatro sonetos finales del manuscrito del *Liber facetiarum et similitudinum* de *Luduvici de Pinedo et amicorum*[50] en el que colaboró Hurtado de Mendoza: «Y lloró a Jerusalén el Geremías / con gemidos y con crescida pasión».

– Por último, ampliamos el contexto de la mutilada cita en latín de las *Glosas* a todo el versículo cuarto en el que está incluida:

> Dálet. –La lengua de los niños de teta se ha pegado de sed al paladar. / Los pequeñuelos piden pan, y no hay quien se lo parta (Jeremías, *Lamentaciones*, 4:4).

La cita seleccionada por Hurtado de Mendoza se concentraba, por tanto, en el hambre atroz que el profeta del *Antiguo Testamento* describía, y que don Diego hacía extensible al pueblo portugués. Tal vez, no sea casualidad que el hambre de los niños pidiendo pan, como sucedía en tierras toledanas, sea no solo un tema común; sino, quizá, una señal sobre quién podría ser el autor del *Lazarillo*, en el caso de que la citada supresión voluntaria

48.– Las tres últimas citas del *Lazarillo* en ed. cit. p. 30.

49.– La iglesia toledana de san Salvador está construida sobre una antigua mezquita que reutilizó, a su vez, una pilastra visigoda o paleocristiana con cuatro cuadros de la vida de Jesucristo esculpidos toscamente y parcialmente raspados. Nos interesa la simbología del segundo cuadro superior de la pilastra que todavía hoy puede observarse: la resurrección de Lázaro, acaso en relación simbólica con la presunta e irónica rehabilitación vital de Lázaro al final de la novela. De manera que la búsqueda de un probable e inexistente arcipreste del Salvador en Toledo pudiera haber oscurecido el hecho de que se eligió la iglesia del Salvador por razones bien distintas y burlescas; como también podrían serlas, quizá con más peso, que su presunto autor se refiriera a su fallecido patrón, amigo de correrías y confesiones golfas, Francisco de los Cobos, *arcipreste* de la capilla-panteón del Salvador en Úbeda. Su fachada principal luce el escudo heráldico de la familia Mendoza porque la mujer con la que se casó este maduro *arcipreste* del Salvador fue la adolescente María de Mendoza.

50.– Desde esta perspectiva, una entrada del *Liber facetiarum et similitudinum de Luduvici de Pinedo et amicorum*, titulada «Cibdad», presentaría varias lecturas: «Cristo lloró sobre la çibdad de Iherusalem y nunca lloró sobre villa ni aldea. La causa es porque en las çibdades ay grandes peccados de hurtos y logros lo qual no ay ansí en las aldeas». Creemos que no solo se criticaba la corrupción de las grandes ciudades («ay grandes peccados»), sino que sutilmente se denunciaba que en la gran ciudad, amén de los grandes «hurtos», acaso sisas, se producían «grandes» pecados de «logros», es decir, al tiempo que había lucros y ganancias particulares, se camuflaban, tal vez, derrotas transformadas en falsas victorias, «logros», como sucederá con el arruinado y poco «victorioso emperador» del *Lazarillo*.

de «Parvuli» fuese, por ventura, una medida de cautela para que no levantara recelos o perjuicios la anonimia de otra obra narrativa con un niño hambriento pidiendo pan como protagonista, una obra que estuviera en proceso de creación y que se publicaría un año después o poco más o menos.

Por su parte, Jeremías representaba la conciencia moral, una llamada al pueblo sumido en la decadencia política y la corrupción religiosa. El profeta consideraba el hambre y la espada como una maldición contra el pueblo que se había apartado de Dios por sus pecados, su falta de misericordia, compasión, caridad y piedad. En esta línea ideológica, los versículos con sabor apocalíptico se sucederán («Erraban como ciegos por las calles manchadas de sangre»; Jer., *Lamentaciones*, 4:14) y llegan a recordarnos la situación de Lázaro de Tormes:

> Somos como huérfanos, sin padre, / y nuestras madres son como viudas [...] Con riesgo de nuestra vida vamos en busca de nuestro pan, / afrontando la espada del desierto. / Nuestra piel abrasa como un horno / por la fiebre del hambre (Jer., *Lamentaciones*, 5:3 y 9).

Las palabras proféticas y simbólicas de Jeremías sobre la pobreza física y de espíritu, sobre el hambre y la destrucción, consecuencias del pecado de la población y de su curia impía, muestran el deseo de que su pueblo tome conciencia de su situación, de su erróneo camino. Y Hurtado, sin olvidarnos ni un instante de que era un diplomático parcial y egocéntrico, era, al mismo tiempo, un testigo privilegiado de la corrupción de los miembros de la Iglesia española y romana, y un narrador capaz de contemplar en las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* la pobreza y, sobre todo, el hambre de los reinos ibéricos.

Incluso él confesó padecer hambre y «lacería» en media docena de cartas dirigidas a Granvela y Cobos. Y utilizó el verbo «hambrear» para expresar sus penurias. ¿Por qué no iba a estar al tanto de las dificultades y desdichas del pueblo llano un literato que se crió en las calles de población morisca de Granada y que en su juventud callejeó por las de Salamanca y Toledo?

De manera que Hurtado de Mendoza, heterodoxo embajador y disidente político, que en sus cartas profesionales criticaba con aspereza y sarcasmo desde los frailes confesores hasta los obispos, cardenales y Papa de turno, asumió un cierto impulso moral en las *Glosas*. Estas denunciaban a clérigos y poderosos impíos mediante la cita de Jeremías, quien había expresado palmariamente y sin titubeos la ausencia de caridad y de compasión hacia los niños «como huérfanos, sin padre».

No obstante, la intención de las *Glosas al Sermón de Aljubarrota* o del *Lazarillo* nunca es profética, religiosa, dogmática o moralizante. Ni dichas obras tienen el mínimo afán erasmista, ni están escritas bajo una mirada ortodoxa. Tampoco se centran sólo en criticar o parodiar; sino, sobre todo, en recoger casos insólitos entre bromas y hábiles ironías, en compendiar hechos donosos, frases ingeniosas y personajes singulares, para incluirlos en el proceso de construcción de una nueva narrativa en castellano, ya primeriza y menos refinada (las *Glosas*), ya novedosa y genial: el *Lazarillo*.

Fe de erratas

En el artículo «Manuscritos y caligrafías, 'cuidados' y cuchilladas, libros y librerías. Juan de Ortega, Hurtado de Mendoza y el *Lazarillo de Tormes*», (*Lemir* 19), hay un error en su redacción al equivocarnos con la servidumbre y cama del escudero (pp. 399 y 400), cuando obviamente queríamos referirnos a la del clérigo de Maqueda y las pajas entre las que Lázaro dormiría hacia 1526, «en aquel tiempo» en que citaba «los cuidados» del rey de Francia.

Bibliografía citada

AGULLÓ COBOS, Mercedes, *A vueltas con el autor del Lazarillo*, Madrid, Calambur, 2010.

ANÓNIMO, *Lazarillo de Tormes* (edición de Francisco Rico), Madrid, RAE, 2011.

CORENCIA CRUZ, Joaquín, *La cuchillada en la fama. Sobre la autoría del Lazarillo de Tormes*, Valencia, PUV, 2013.

—, «Algunas conexiones y aportaciones del *Liber facetiarum* y el *Sermón de Aljubarrota* al *Lazarillo de Tormes*. Y de otras intertextualidades y burlas, II» *Lemir* 18, 2014, pp. 201-258.

—, «Algunos apuntes sobre las fuentes clásicas prologales del *Lazarillo* y de las primeras prosas de Diego Hurtado de Mendoza: Marco Tulio Cicerón y Lucio Anneo Séneca», *Lemir* 20, 2016, pp. 167-190.

DE MARIANA, Juan, *Historia general de España*, tomo VI, Valencia, Benito Monfort (impres.), 1790.

DE LA GRANJA, Fernando, «Nuevas notas a un episodio del *Lazarillo de Tormes*», *Al-Andalus*, XXXVI, 1971, pp. 223-237.

HORACIO FLACO, Quinto, *Arte Poética* (introd. y trad. de José Luis Moralejo), Madrid, Gredos, 2008.

HURTADO DE MENDOZA, Diego, «Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar», *Sales españolas o Agudezas del ingenio nacional*, Madrid, Tello, 1890, pp.65-83.

—, «Respuesta del capitán Salazar», *Sales españolas o Agudezas del ingenio nacional*, Madrid, Tello, 1890, pp. 84-99.

—, *Sermón de Aljubarrota, con las Glosas de D. Diego Hurtado de Mendoza* en *Sales españolas o Agudezas del ingenio nacional*, Madrid, Tello, 1890, pp. 101-225.

—, *Sermón de Aljubarrota* en *Varios papeles y entre ellos uno de Don Alonso de Cartagena*, Mss 326, Biblioteca Histórica de Santa Cruz, Universidad de Valladolid (<http://almena.uva.es>).

—, *Sermón de los Portugueses sobre la batalla de Aljubarrota: glosado con muchos quentos graçiosos*, Mss 9472, Biblioteca Digital Hispánica (<http://bdh.bne.es>).

—, *Sermón de un religiosso portugués, en la fiesta que cada año açen a su memorable batalla de Aljubarrota. Y la respuesta de un religiosso oyente*, en *Papeles históricos referentes a Portugal y España*, Mss 9394, Biblioteca Digital Hispánica (<http://bdh.bne.es>).

—, *Sermón hecho en Lisboa por fr. Francisco de Villadolencia Portugués en N. Sª de Gracia, vigilia de la Asumpción, celebrando una victoria, que los Portugueses huvieron de los Españoles tal día como este en Aljubarrota lugar del Rey de Portugal*, Mss 11048 (<http://bdh.bne.es>).

—, *Sermón sobre la batalla de Aljubarrota*, en *Papeles históricos referentes a España y Portugal*, Mss 7089, Biblioteca Digital Hispánica (<http://bdh.bne.es>).

—, *Sermón sobre la Batalla de Aljubarrota*, Mss 9855, (http://bdh.bne.es).

JEREMÍAS, profeta, *Lamentaciones* en *Sagrada Biblia* (ed. de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, pp. 859-864.

—, *Vocación del profeta y oráculos sobre la reprobación de Judá* en *Sagrada Biblia* (ed. de E. Nácar y A. Colunga), Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1966, pp. 811-859

LIDA DE MALKIEL, María Rosa, «Función del cuento popular en *El Lazarillo de Tormes*», *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, 1964, pp. 349-360.

LÓPEZ GRIGERA, Luisa, «*Lazarillo de Tormes* entre la autobiografía, la carta y la mitad de un diálogo (Una lanza por su autoría)» en *Alianzas entre historia y ficción: homenaje a Patrick Collard*, Génova, Droz (E. Houvenaghel, I. Logie eds.), 2009, pp. 109-119.

—, «Observaciones sobre el *Lazarillo de Tormes* hallado en Barcarrota», *Lemir* 21, 2017, pp. 209-222.

PAZ Y MELIÁ, Antonio, «Introducción» a *Sales españolas* o *Agudezas del ingenio nacional*, Madrid, Tello, 1890.

PÉREZ DE TUDELA GABALDÓN, Almudena, «Nuevas noticias sobre el primer viaje de Antonio Moro a la Península Ibérica y su entrada al servicio de Felipe II», *Archivo Español de Arte*, vol. LXXXIX, nº 356, 2016, pp. 423-429.

PINEDO, Luis, *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici de Pinedo et amicorum o Libro de chistes*, en *Sales españolas* o *Agudezas del ingenio nacional*, Paz Meliá ed., Madrid, Tello, 1890,

—, *Liber facetiarum et similitudinum Luduvici de Pinedo et amicorum*, Mss 6960, BNE.

RABAEY, Helene, «Aclaraciones biográficas en torno al humanista leonés Antonio de Obregón», *Minerva* 23, 2010, p. 251-259.

VILLALÓN, Cristóbal, *El Crótalon*, Madrid, Austral, 1973.

XIMÉNEZ DE SANDOVAL C., *Batalla de Aljubarrota: monografía histórica y estudio crítico-militar*, Madrid, Rivadeneyra, 1872.